

Trescientos años del hallazgo de la imagen de Nuestra Señora Aparecida (1717-2017)

Javier García, L.C.

Profesor emérito de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma.

1. Historia

A mediados de 1717 llegó la noticia a Guaratinguetá de que el conde de Assumar, Don Pedro de Almeida y Portugal, gobernador general de la Capitanía de São Paulo y Minas de Ouro, pasaría por la población, camino de Villa Rica, actual ciudad de Ouro Preto, en Minas Gerais. Las autoridades, deseando obsequiarle con la mejor pesca del lugar, piden a tres pescadores, Domingo García, Felipe Pedroso y João Alves, que arrojen sus redes en el río Paraíba do Sul. Ellos toman sus canoas y empiezan a faenar, pero con resultados infructuosos durante muchas horas. Río abajo llegan el 12 de octubre de 1717 a Porto Itaguaçu, donde atrapan en las redes el cuerpo de una estatuilla de la Virgen, sin cabeza; lanzan una vez más las redes y encuentran la cabeza que cuadra perfectamente con el cuerpo antes hallado. Animados por el buen agüero, vuelven a lanzar las redes y obtienen una pesca abundante, una suerte de pesca milagrosa en la que se repetían las fases de otra pesca en el Lago de Galilea: toda una noche faenando y nada; luego, por la mañana, por sugerencia de Cristo de echar una vez más las redes, nada convencidos, desvelados y cansados, y solo por la palabra del Maestro, echan las redes y la pesca es tan abundante, que tuvieron que pedir ayuda a sus compañeros de otra barca y las dos se llenaron hasta casi hundirse.

El broche de oro para los pescadores galileos fue convertirse en pescadores de hombres; para los del río Paraíba do Sul fue la alegría de llevar la imagen “aparecida” a su casita, ponerla sobre una mesa y arrodillarse a rezar, dando así inicio al culto de Nuestra Señora Aparecida, la más venerada en Brasil. ¡Las pescas de los humildes son bendecidas por Dios y por su Madre Santísima con frutos que se multiplican a millares! Durante quince años la imagen se quedó en casa del pescador Felipe Pedrosa, donde cada día aumentaba la cantidad de personas que iban a orar y a pedir gracias a la Señora aparecida; así se hizo necesaria la construcción de una capillita.

Pronto ésta fue insuficiente. En 1884 comenzó la construcción de la primera iglesia —hoy conocida como “basílica antigua”—, que fue inaugurada el 8 de diciembre de 1888. El 8 de septiembre de 1904 la imagen fue coronada con joyas donadas por la princesa Isabel, hija del emperador Pedro II de Brasil, reconociendo así la realeza y protección de la Virgen Aparecida.

2. Santuario grande, imagen chica

Uno de los datos que, al cruzar el umbral del templo de Aparecida, llama la atención del peregrino actual es el contraste entre la gigantesca basílica y la pequeñez de la imagen. Basta dar algunos números y medidas: la basílica es el segundo templo más grande de la Iglesia católica después de San Pedro en Roma; al año recibe once millones de peregrinos; su cúpula mide cien metros de altura con un diámetro de setenta y ocho metros y su torre cien metros de altura. El templo es de cruz griega -con cuatro grandes plazas en cada uno de los terminales de la cruz- y ese mismo edificio tiene capacidad para cuarenta y cinco mil fieles dentro.

En contraste con las dimensiones geométricas del santuario, la imagen de nuestra Señora de la Concepción de Aparecida mide 39 centímetros de altura; la imagen pesa dos kilos y medio, lleva una corona de oro de trescientos gramos, con cuarenta diamantes engarzados, que arranca de dos círculos superpuestos, de oro y piedras preciosas, de aquí se eleva en ocho nervaduras anchas, también en oro y pedrería, con otros tantos vanos que forman como una cúpula aérea, rematada por una cruz gloriosa. La corona le da empaque y realza su dignidad, sin hacerle perder su gesto de acogida y humildad.

En 1978 la estatuilla sufrió un atentado que la redujo a doscientos fragmentos; fue restaurada por la artista brasileña María Helena Chartuni. La imagen es de arcilla paulista, de la región de Santana do Paraíba; aunque en los orígenes fuera policromada, actualmente es color castaño oscuro: quizá los miles de velas y veladoras que los fieles durante trescientos años han venido encendiendo a su pies la hayan oscurecido. Aunque es una estatuilla bien labrada, con unos bellos pliegues modelados con gracia al estilo renacentista, sin embargo, siempre tiene la cabeza cubierta con un manto azul que la cubre de la cabeza a los pies y que por delante cierran dos grandes broches dorados. Tiene la postura de una mujer que junta los brazos y las manos en actitud orante. El rostro es el de una jovencita de mejillas llenas, sus labios insinúan una leve sonrisa, de persona acogedora, sencilla y humilde, que inspira impulsos a acercarse, a saludarla y a presentarle las propias necesidades confiadamente. Es lo que hacen cada día los miles de peregrinos, de toda condición social, de todo color y raza, que, como arroyo

incesante, visitan diariamente el santuario y se acercan a la pequeña, pero poderosa imagen de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida.

Cuando uno ve la imagen de Aparecida, la asocia por el tamaño a la de San Juan de los Lagos, en México, o a la Virgen de San Juan del Barrio, en Cotija (México), o en España a la del Pilar de Zaragoza; y no digamos a la Virgen de Suyapa, de Tegucigalpa (Honduras), de apenas seis centímetros y medio: uno siente que está tocando con la mano la afirmación de Jesús: “quien se humille como este niño, ese es el mayor en el Reino de los cielos” (Lc 9,48). Lo cual vivió en su propia persona y a lo largo de su vida la Virgen María que cantó: “Ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava” (Lc 1,48), “por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor cosas grandes el Poderoso, Santo es su nombre” (Lc 1,48-49).

En el piso bajo de la basílica, en varios grandes salones, se exhiben los exvotos del admirable pueblo creyente de Brasil: hay desde luego numerosos cuadros en que de modo gráfico e ingenuo se narra el favor alcanzado por un devoto de la Aparecida; hay incontables exvotos que a los cuatro vientos proclaman la gratitud a la Aparecida, plasmada en un casco de motocicleta, en una barca, en un bastón o en una muleta, en los numerosos brazos y piernas de cera que cuelgan del techo. Y siendo los brasileños los reyes del fútbol, no podían faltar balones de copas mundiales, camisetas amarillas de filete verde, firmadas por todo el equipo nacional o un homenaje personal de Ronaldo a la Virgen Aparecida.

3. Arte y teología en la basílica

Tratándose de un templo construido en el siglo XX y en América Latina, nadie prestaría mayor atención a los contenidos artísticos y teológicos de la traza. Esa sería la primera y más superficial visión: de hecho, desde que uno va bajando del Morro dos Coqueiros, donde está emplazada la antigua basílica, por la Pasarela de la fe, hacia el Morro da Pitas, donde se levanta la nueva basílica, ésta se impone por su mole, en ladrillo rojo, en estilo que quiere ser románico moderno, obra del arquitecto Benedito Calixto de Jesús Neto. Pero a medida que uno va observando con detalle, empieza a apreciar el esmero de la concepción y de la realización. Ya hemos dicho que su traza está concebida en planta de cruz griega, con cuatro corredores que convergen en el presbiterio gigantesco, de forma redonda -el círculo como forma perfecta-, sobre el que se alza el altar, en forma cuadrada -forma humana limitada-. En el Portal de la Virgen -lo que equivaldría al ábside-, una franja de oro -color de la Divinidad-, de unos quince metros de anchura, sube desde el

piso de la rampa de los peregrinos, hasta la bóveda del templo, para dar un digno respaldo al Trono de la Madre de Dios, que acoge la estatua de la Virgen Aparecida. Del cielo bajan, en movimiento fluido, que recuerda la corriente de un río, los arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel, el ángel de la anunciación, introduciendo hacia el Trono de la Madre de Dios, Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, Reina y Patrona de Brasil. En el Trono está la Virgen, vestida de sol, con la luna a sus pies, rodeada de doce estrellas (Ap 12,1).

El agua es el símbolo más repetido en toda la basílica, aludiendo tanto al bautismo del cual todos hemos renacido a la vida divina, cuanto a la providencial “cuna” del río Paraíba en que fue encontrada la Virgen: el marco del Trono está formado por franjas de plata y oro que se están moviendo como ondas; el pavimento de toda la basílica, así como los soportales que la rodean por fuera, representan, en bello y variado granito brasileño, las ondas de agua que fluyen desde al Trono de gracia de la Virgen.

En el diseño de las capillas y en los retablos del ábside, hay constantes alusiones a mujeres bíblicas, a personajes, paisajes, flora, fauna y hechos de la historia de la salvación. Entre los artistas, destaca Claudio Pastro, cuyos “murales sacros”, uno puede admirar en Roma, en Aquisgrán (Alemania), en Bogotá o en otras ciudades latinoamericanas.

4. Irradiación de la Virgen Aparecida entre el pueblo brasileño

La irradiación de la Virgen Aparecida entre el pueblo brasileño ha venido creciendo desde aquel mes de octubre de 1717, cuando empezó a ser venerada sobre una mesa desnuda en la cabaña del pescador Felipe Pedroso: algunos vecinos de los pescadores comenzaron a visitarla, a arrodillarse y a pedirle gracias; pasando por el 26 de julio de 1745, en que fue inaugurado el primer templo bajo la advocación de Nuestra Señora Aparecida, a unos cuantos kilómetros de la Villa de Guaratinguetá (Sao Paulo); y siguiendo por la coronación solemne, en 1904, por Don José de Camargo Barrios, obispo de São Paulo. El 16 de julio de 1930 el Papa Pío XI, declara a la Virgen Aparecida Padroiera do Brasil. El 4 de julio de 1980, cincuenta años después, el Papa Juan Pablo II visita el santuario y le da el título de Basílica. Simultáneamente crece en el pueblo brasileño, con la fuerza de una planta tropical, la devoción a la Patrona de Brasil. En 1955 comenzó la construcción de la actual basílica y el 4 de julio de 1980 Juan Pablo II la inauguró y la declaró el mayor santuario mariano del mundo.

Testimonio personal: por tres semanas viví en el convento de Padres Redentoristas que atienden pastoralmente el santuario —la casa está pegada

literalmente a la basílica y unida a ella por un pasadizo subterráneo-; día y noche veía y oía grupos de fieles brasileños que llegaban a visitar a la Virgen Morena de Aparecida: llegaban en autobuses, a caballo o a pie, bajo todos los climas –templado, lluvioso, frío o bajo un sol de justicia-; llegaban siempre cantando y rezando el rosario. Inmediatamente acudía uno o varios padres redentoristas para acogerlos, entrar en el santuario con ellos, dirigirles el rosario y los cantos, y celebrarles la Eucaristía o la reconciliación. En ocasiones especiales, por ejemplo, el 12 de octubre de 2016, en que Aparecida cumplía 299 años desde su descubrimiento por tres humildes pescadores, llegaron 160.000 peregrinos.

La devoción de los brasileños también se refleja en la música y las canciones populares dedicadas a la Aparecida, como la piadosa y exquisita “Madre Aparecida – Ave María”, de la Jornada Mundial de la Juventud; o la más tradicional y enternecedora

“Viva a Mãe de Deus e nossa,
Sim pecado concebida,
Santa Virgen Inmaculada, Oh Senhora Aparecida!”

5. Pastores de Brasil y Aparecida

Aparecida es arquidiócesis cuyo actual arzobispo es Dom Orlando Brandes; fue erigida el 19 de abril de 1958, desprendida de la arquidiócesis de São Paulo y de la diócesis de Taubaté. Con el tiempo esta pequeña arquidiócesis ha ido ganando fama e importancia gracias al Santuario de Aparecida. En 2007 los obispos de América Latina celebraron la V Conferencia General, en el Santuario de Aparecida, en la que participó el Papa Benedicto XVI. Allí, dirigiéndose a todo el pueblo de Dios, la víspera de la inauguración de la V Conferencia General, decía: “¡Qué hermoso es estar aquí reunidos en nombre de Cristo, en la fe, en la fraternidad, en la alegría, en la paz, en la oración con María, la Madre de Jesús” (Hch 1,14). Antes de concluir dicha Conferencia General, decía: “Con gran esperanza me dirijo a vosotros que os encontráis dentro de esta majestuosa basílica o habéis participado en el santo rosario desde fuera, para invitaros a ser profundamente misioneros, a llevar la buena nueva del Evangelio a todos los puntos cardinales de América Latina y del mundo. Pidamos a la Madre de Dios, Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, que cuida la vida de todos los cristianos. Ella que es la estrella de la evangelización, guíe nuestros pasos en el camino del reino celestial” (12 de mayo de 2007, n.7). Posteriormente, en la última semana de julio de 2013, el Papa Francisco inauguraba con su primer viaje fuera de

Italia la Jornada Mundial de la Juventud en la playa de Copacabana con una vigilia de oración, de dos millones setecientos mil jóvenes.

Esta historia del crecimiento de Aparecida culmina en el mes de mayo de 2007, cuando toda la Iglesia se reunió casi físicamente, por medio de sus representantes de toda América Latina, en la Basílica de Aparecida con motivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, con la presencia del Papa Benedicto XVI. Seis años más tarde viajó el Papa Francisco a Río de Janeiro para presidir la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud, en el paseo marítimo de Copacabana, el 25 de julio.

Antes, el 24 de julio, viajó al Santuario de Aparecida. En la homilía celebrada en la basílica recordó cómo seis años antes, en ese santuario se había celebrado la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe:

Quisiera ante todo decirles una cosa. En este santuario, donde hace seis años se celebró la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y el Caribe, ha ocurrido algo muy hermoso, que he podido constatar personalmente: ver cómo los obispos —que trabajaban sobre el tema del encuentro con Cristo, el discipulado y la misión— se sentían alentados, acompañados y en cierto sentido inspirados por los miles de peregrinos que acudían cada día a confiar su vida a la Virgen: aquella Conferencia ha sido un gran momento de Iglesia. Y, en efecto, puede decirse que el Documento de Aparecida nació precisamente de esta urdimbre entre el trabajo de los Pastores y la fe sencilla de los peregrinos, bajo la protección materna de María. La Iglesia, cuando busca a Cristo, llama siempre a la casa de la Madre y le pide: «Muéstranos a Jesús». De ella se aprende el verdadero discipulado. He aquí por qué la Iglesia va en misión siguiendo siempre la estela de María (miércoles, 24 de julio de 2013, 1).

Lo que no dice es cómo el trabajo que Mons. Jorge Mario Bergoglio realizó, en esta misma Conferencia al coordinar la comisión de redacción del Documento Conclusivo de Aparecida, en 2007, le preparó para asumir el supremo magisterio de toda la Iglesia en 2013. Pero significativamente escribe Francisco:

¡Qué alegría venir a la casa de la Madre de todo brasileño, el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida! Al día siguiente de mi elección como Obispo de Roma fui a la Basílica de Santa María la Mayor, en Roma, con el fin de encomendar a la Virgen mi ministerio. Hoy he querido venir aquí para pedir a María, nuestra Madre, el éxito de la Jornada Mundial de la Juventud, y poner a sus pies la vida del pueblo latinoamericano (24 de julio de 2013).

Quien lea la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, el Gozo del Evangelio, encontrará un parentesco estrecho con el Documento Conclusivo de Aparecida: el mismo tono esperanzado, la misma vibración alegre que

da el amor, el mismo horizonte luminoso que se sigue de la fe, en los dos documentos: ¡como que han brotado de una misma pluma y de un mismo corazón! Esta es la irradiación universalista del Aparecida hacia el mundo: desde Aparecida el Papa Bergoglio ha construido puentes hacia la Iglesia universal y hacia el mundo.

6. Testimonio personal

En el año 2007 me tocó participar como teólogo invitado por la Santa Sede en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en Aparecida. Una experiencia hermosa y fecunda: durante casi tres semanas estuvimos reunidos analizando la vida del pueblo de Dios de América Latina, literalmente a los pies de la Virgen Aparecida, pues teníamos las reuniones en el piso bajo la gran Basílica de la Virgen Aparecida, para entrar y salir al salón mayor de las reuniones, había que pasar siempre ante la presencia de la Imagen de Aparecida. Día con día se iban juntando las teselas del hermoso mosaico del Documento Conclusivo de Aparecida: trabajábamos en pequeñas comisiones, en salones situados en la planta baja del Santuario. A medida que cada comisión terminaba el capítulo respectivo, lo llevábamos al arzobispo de Buenos Aires, Mons. Jorge Mario Bergoglio, quien a su vez le daba unidad de estilo y lo incorporaba al cuerpo del Documento Conclusivo.

Cuando apareció *Evangelii Gaudium* (24 XI 2013), nos dimos cuenta de que la pluma era la misma que la del Documento de Aparecida. Últimamente, en la entrevista concedida por el Papa Francisco al director del diario español El País (21 de enero de 2017), nos enteramos de que el Documento Conclusivo de Aparecida y la Exhortación postsinodal *Evangelii Gaudium* no eran sino repetidos esfuerzos por actualizar otra exhortación postsinodal, la *Evangelii nuntiandi*, de Pablo VI que, en opinión del Papa Francisco, ha sido el mejor documento del posconcilio sobre la evangelización y que aún no pierde actualidad y vigor. Eso explica tanto el nuevo lenguaje y el nuevo tono del Documento de Aparecida, cuanto el de *Evangelii Gaudium*: expresiones como “iglesia de periferia”, “iglesia samaritana”, “encuentro personal con Cristo o “dejarse encontrar por Él”, “certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo” (*Evangelii Gaudium* 6); “no nos dejemos robar la alegría evangelizadora” (*ib.* 80), “olor a oveja”, “olor a Evangelio”.

El Papa Francisco en 2017 nos sigue invitando a realizar lo que Mons. Jorge Mario Bergoglio escribía en 2007 en el Documento Conclusivo de Aparecida: “emprender una nueva etapa de nuestro caminar pastoral, declarándonos en misión permanente [...] Con el fuego del Espíritu vamos a infamar de amor nuestro continente” (Mensaje Final de Aparecida, n. 4).

Conclusión

Aparecida trescientos años después de que fuera recogida por los tres pescadores, Domingo García, Felipe Pedroso y João Alves, en el río Paraíba do Sul, la humilde y preciosa estatuilla de la Virgen de arcilla castaña sigue irradiando sobre la Iglesia entera y sobre el mundo con su mensaje: “vayan por todo el mundo como buenos discípulos y misioneros anunciándoles que con Jesucristo está llegando el Reino de Dios”.